

CAPITULO VII.

NEGOCIACIONES DE LUIS XIV.

GUERRA GENERAL: CAMPAÑAS CELEBRES.

De 1708 á 1710.

Toma de Alcoy.—Pérdida de Orán.—Pensamiento político atribuido al duque de Orleans.—Sitio, ataque y conquista de Tortosa.—Bodas del archiduque Carlos.—Fiestas de Barcelona.—Campana de Valencia.—Recóbranse para el rey Denia y Alicante.—Quejas de los catalanes contra su rey.—Respuesta de Carlos.—Piérdense Cerdeña y Menorca.—Conflicto y aprieto en que los alemanes ponen al Sumo Pontífice.—Invaden sus Estados.—Aprópianse los féudos de la Iglesia.—Espanto en Roma.—Obligan al Pontífice á reconocer á Carlos de Austria como rey de España.—Campana de 1708 en los Países Bajos.—Apodéranse los aliados de Lille.—Retírase el duque de Borgoña á Francia.—Causas de esta estraña conducta.—Planes del duque.—Situacion lamentable de la Francia.—Apuros y conflictos de Luis XIV.—Negociaciones para la paz.—Condiciones que exigen los aliados, humillantes para Francia y España.—Firmeza, dignidad y españolismo de Felipe V.—Conferencias de la Haya.—Artificios infructuosos de Luis XIV.—Exígese á Felipe que abdique la corona de España.—Noble resolucion de Felipe y de los españoles.—Jurañ las córtés españolas al príncipe Luis como heredero del trono.—Entereza de Felipe V. con el Papa.—Causas de su resentimiento.—Despide al nuncio y suprime el tribunal de la nunciatura.—Quejas de los magnates españoles contra la Francia y los franceses: disidencia de la córte.—Decisión del pueblo español por Felipe V.—Discurso

notable del rey.—Hábil y mañosa conducta de la princesa de los Ursinos.—Separacion del embajador francés.—Ministerio español.—Altivas é ignominiosas proposiciones de los aliados para la paz.—Rómpanse las negociaciones.—Francia y España ponen en pié cinco grandes ejércitos.—Ponen otros tantos y mas numerosos los aliados.—Célebres campañas de 1709.—En Flandes.—En Italia.—En Alemania.—En España.—Resultado de unas y otras.—Situacion de la córte y gobierno de Madrid.

Bajo auspicios favorables comenzó la campana de 1708, rindiendo el conde Mahoni la importante villa de Alcoy (9 de enero), receptáculo de los miqueletes y voluntarios valencianos, y en cuyos habitantes dominaba el mismo espíritu de rebelion que tan caro habia costado á los de Játiva. No hubo quien pudiera impedir á los soldados el saqueo de la villa, y para que sirviese de escarmiento á otros fué ahorcado en la plaza el comandante de los miqueletes Francisco Perera, y puesto despues su cuerpo en el camino de Alicante. Mahoni habia ejecutado esta empresa sin la aprobacion de los generales Berwick y Dasfeldt, que hubieran querido dar algun reposo á las tropas y no acabar de fatigarlas en aquella cruda estacion. Y tanto por esto, como por la poca subordinacion que habitualmente solia tener el conde Mahoni á sus superiores, lograron éstos que el rey le destinára con su regimiento de dragones irlandeses al reino de Sicilia, que andaba algo espuesto despues de la pérdida del de Nápoles, asi como al brigadier don José de Chaves con los cuerpos que mandaba, y que en

todo seguía la conducta y la marcha de Mahoni.

Algo neutralizó la satisfacción que tantos y tan continuados triunfos habían causado en la corte y en toda España la nueva que á este tiempo se recibió de haberse perdido la plaza de Orán, que sitiada mucho tiempo hacía por los moros argelinos, auxiliados de ingenieros ingleses, holandeses y alemanes, falta de socorros desde que el marqués de Santa Cruz se pasó á los enemigos con las dos galeras y los cuarenta mil pesos que se le habían dado, al fin hubo de rendirse, huyendo con tal precipitación y desorden el marqués de Valdecañas su gobernador y los principales oficiales, que dejaron allí otros muchos en miserable esclavitud de los moros. Lástima grande fué que así se perdiera aquella importante plaza, conquista gloriosa del inmortal Cisneros, que estaba sirviendo constantemente de freno á los moros argelinos. Al decir de autorizados escritores, no le pesó al embajador francés que se perdiera para España aquella plaza.

Al volver de Francia el duque de Orleans á tomar otra vez la dirección superior de la guerra, mostró traer ciertos pensamientos, acaso inspirados por el duque de Borgoña, nada desinteresados y nada favorables al rey don Felipe; al menos dábalo á sospechar así con su conducta y sus palabras ⁽¹⁾, lo cual no podía

(1) Oíasele decir, sin que se España su sobrino llegara á con- recatara de ello, que si el rey de sentir en lo que pretendían sus

agradar á los españoles. De contado antes de entrar en España ordenó al duque de Berwick que pasase á Bayona donde hallaría órdenes del rey Cristianísimo, y éstas eran de destinarle á la guerra del Delfinado. Llevóse muy á mal el que así se sacara y alejara de España al ilustre vencedor de Almansa. La conducta del de Orleans en la corte, en el tiempo que ahora permaneció en ella, que fué del 11 de marzo al 13 de abril (1708), le hizo también perder mucho en el concepto de todos los hombres sensatos, y aun en el del público. Porque asociándose solo del duque de Habre, del marqués de Crevekeur, del de Torrecusa, y de otros jóvenes conocidos por sus costumbres libres y por su vida licenciosa y disipada, dieron tales escándalos que fué menester que el alcalde de corte y aun el mismo gobernador del Consejo tomaran ciertas providencias que reclamaba el público decoro y pedía la decencia social. Con que la merecida reputación que tenía de general entendido, de guerrero valeroso, activo y firme en la ejecución de los planes que concebía, la deslustró con la fama de inmoral que adquirió en la corte, y que no desmentía ni aun en medio de las ocupaciones de la campaña.

Salió al fin de Madrid, resuelto á continuar la que

enemigos, que era renunciar la corona y volverse á Francia, él no morir en su defensa para no verlos bajo el dominio de una nación abandonaría jamás unos vasallos estraña cualquiera. — Macanáz, Mem. c. 121.

en Cataluña dejó pendiente el año pasado, y despues de dar en Zaragoza las providencias conducentes á su propósito, de publicar un nuevo indulto para los mi-queletes de Aragon que dejasen las armas, de inspeccionar las guarniciones y proveer á la defensa de las fronteras, puso en movimiento el ejército destinado al sitio y ataque de Tortosa, que era la empresa que ahora traia meditada, y á la cual habia de ayudar el duque de Noailles, general del ejército del Rosellon, acometiendo la Cerdaña y distraendo las tropas de los aliados hácia el Norte del Principado. Dilatáronse las operaciones del sitio hasta el mes de junio á causa de la lentitud con que llegaban las provisiones, y que un convoy de cien barcos que iba cargado de víveres fué sorprendido por una escuadra inglesa que se apoderó de todos, á escepcion de nueve que pudieron salvarse. Al fin el mariscal Dasfeldt, junto con el gobernador y el comisario ordenador del ejército de Valencia, hallaron medio de surtir al de Orleans, no solo de vituallas, sino de artillería y municiones y de todo lo necesario para el sitio, y con esto, y construido, aunque con trabajo, un puente sobre el Ebro, se apretó el cerco, comenzó el ataque y se abrió trinchera (20 á 22 de junio, 1708).

Los aliados no habian dejado de prepararse tambien, quanto á cada potencia le permitian sus particulares circunstancias y apuros ⁽¹⁾, para ver de reparar

(1) La Inglaterra estaba entonces amenazada por la invasion,

el funesto golpe de Almansa y la série de desastres que á él se siguieron. La reina Ana de Inglaterra envió algunos refuerzos de tropas y mas de un millon de libras esterlinas, que el parlamento, haciendo un esfuerzo, le concedió para la guerra de Cataluña y Portugal; hizo embarcar tambien un cuerpo de los que operaban en Italia, y dió el mando del ejército de Cataluña al general Stanhope, á quien invistió con el título de embajador cerca del rey Carlos III. de España. El lord Galloway se volvió á mandar las tropas inglesas de Extremadura, porque el marqués de las Minas, hombre de avanzada edad, se habia retirado á Portugal á poco de lo de Almansa, y quedóse sin mando. Tambien el emperador José, á instancias de las potencias marítimas, únicas que hasta entonces habian estado sosteniendo la guerra de España, envió ahora un cuerpo de ejército á las órdenes del conde de Staremberg, el mas hábil de sus generales despues del príncipe Eugenio. Mas todas estas fuerzas, ademas de la lentitud con que llegaban de paises tan distantes, apenas sirvieron sino para reforzar las guarniciones de Alicante, Denia, Cervera y Tortosa, y muchas de ellas eran poco á propósito para pelear en un pais que no conocian.

Por otra parte el archiduque Carlos no dejaba de

que en efecto intentó por este tiempo, aunque con desgracia, Jacobo III. protegido por Luis XIV. desde el puerto de Dunkerque. La Holanda por el propio motivo tuvo que enviar tropas y naves á Middelburg; y al emperador no le faltaba á qué atender en sus propios estados y en los vecinos.

andar distraído con el asunto de su matrimonio que se celebró en este tiempo en Viena con la princesa Isabel Cristina de Brunswick, que para casarse con él había abjurado el año anterior la religion protestante y abrazado la católica romana ante el arzobispo de Maguncia. La jóven princesa fué enviada ahora á España y conducida desde Génova por el almirante Lake, trayendo al mismo tiempo en su flota algunos cuerpos de tropas alemanas y palatinas, y desembarcó el 20 de junio en Barcelona (1708), donde fué recibida con demostraciones de júbilo y con todos los honores de reina, como que lo era para los catalanes como esposa de su rey Carlos III.

Fué esto á tiempo que el duque de Orleans tenia ya apretada la plaza de Tortosa. Háiale servido grandemente para esto el caballero Dasfeldt, que ademas de las provisiones y víveres que le envió desde Valencia, había ocupado muy oportunamente los desfiladeros que conducen de este reino á Cataluña. El conde Staremberg acudió con todas las fuerzas que pudo reunir para hacer levantar el sitio, pero era demasiado débil para ello, y la plaza se rindió por capitulacion el 11 de julio con todos los honores de la guerra. De los trece batallones de tropas estrangeras y cuatro de catalanes que componian la guarnicion apenas llegaron á dos mil hombres los que capitularon; los demas habían perecido en la defensa; y de aquellos, mas de mil quinientos se alistaron en las ban-

deras del rey Felipe ⁽¹⁾. El 19 hizo su entrada el duque de Orleans en Tortosa, cantóse el Te Deum en la catedral, puso de gobernador al caballero de Croix, mariscal de campo, y el 24 volvió á salir con su ejército, dejando encomendado á don Melchor de Macanáz el cuidado de establecer el gobierno político, civil y criminal de la ciudad ⁽²⁾.

En tanto que en Barcelona se celebraban las fiestas con que solemnizaron los catalanes el arribo de su reina, los dos ejércitos se observaban, y aunque eran frecuentes los reencuentros y los choques, y á las veces tambien sangrientos, entre los forrajeadores y las partidas avanzadas de uno y otro campo, desde la toma de Tortosa no hubo en el resto del año por la parte de Cataluña empresa de consideracion: lo único que tuvo alguna importancia fué la ocupacion de la Conca de Tremp por el de Orleans, cuya entrada quisieron los enemigos disputarle y les costó alguna pér-

(1) Belando, Hist. civil, Parte 1., c. 63.—San Felipe, Comentarios, A. 1708.—Macanáz, Memorias, c. 121.—Robres, Guerras civiles: MS. cap. 8.º—Feliú, en los Anales de Cataluña, dice que la plaza se rindió antes de tiempo. No es esto lo que se infiere de la relacion de todos los demas historiadores.

(2) Macanáz había sido llamado allí por el duque de Orleans, así como el comisario ordenador de Valencia don José de Pedrajas, á quienes deseaba conocer, al uno por su fama, y á los dos por los servicios que para este sitio le ha-

bían hecho. Allí tuvo ocasion Macanáz de desvanecer la desfavorable prevencion que el de Orleans tenia contra Berwick y Dasfeldt, como que había escrito contra ellos á los dos reyes de Francia y de España: y lo logró tan cumplidamente, que varió el de Orleans de todo punto de concepto respecto á aquellos dos personages, y tanto que escribió de nuevo á ambas córtes confesando que había sido engañado, y alabando mucho los méritos y las prendas de Berwick y de Dasfeldt, y en efecto desde entonces los tuvo siempre en grande estima.

dida. Después de esto estableció sus cuarteles de invierno, vino á Madrid (noviembre, 1708), y partió luego otra vez para Francia, poco satisfecho ahora de la acogida que encontró en el pueblo, entre la nobleza, y en los reyes mismos, todo producido por las causas que antes hemos indicado.

De mas resultado fué el resto de la campaña en Valencia. El caballero Dasfeldt, á quien el de Orleans, como en prueba de la confianza y aprecio en que ya le tenia, reforzó con siete batallones de infantería y el regimiento de caballería de la Reina, se propuso recobrar á Denia y Alicante, únicas plazas de consideración que conservaban en Valencia los aliados. Alcanzó lo primero después de dos semanas de sitio, y hubo necesidad de entrar por asalto (17 de noviembre, 1708). La guarnición, que era de portugueses é ingleses, fué hecha prisionera de guerra; los voluntarios, en número de tres mil, se rindieron á discreción, se los desarmó y se los envió á Castilla; encontráronse en Denia veinte y cuatro piezas de bronce, veinte y seis de hierro, y considerable cantidad de municiones: no quedaron en la ciudad sino treinta y seis vecinos ancianos y pobres.

Rendida Denia, pasó Dasfeldt á sitiar á Alicante. Ocupadas las fortificaciones exteriores, la ciudad capituló pronto (2 de diciembre, 1708). La guarnición pasaría á pié á Barcelona; las milicias y vecinos rebeldes quedarían á merced del rey; para los eclesiás-

ticos se imploraría la clemencia real. Quedaba el castillo, fuerte por estar situado en una eminencia sobre una roca. Esto hacia difíciles las obras y las operaciones del sitio, especialmente para incomunicarle con el mar. Determinóse pues abrir una mina en la misma roca, trabajo pesado y duro, pero que se consiguió á fuerza de paciencia y de actividad. Luego que la mina se halló lista para poder ponerle fuego, el caballero Dasfeldt tuvo la generosa atención de avisar y prevenir á los sitiados del peligro que corrían, y en especial al gobernador de la plaza, general Richard, á quien invitó á que enviara dos ingenieros que reconociesen los trabajos de la mina, porque no podia dejar de lamentar el sacrificio de tantos valientes, á quienes ofrecia dejar paso libre para Barcelona. Este generoso aviso no fué estimado; y aunque llegó á enseñárseles la mecha encendida, todavía no se creyeron en peligro, ó porque calcularon que la roca resistiría á la explosión, ó porque confiaron en que el fuego respiraría por una contramina que tenían hecha; y el intrépido gobernador, para mostrar á los suyos el ningún recelo que abrigaba, sentóse á la mesa con varios de sus oficiales en una pieza que caía sobre la misma mina. Llegó el caso de prenderse fuego á ésta, é instantáneamente volaron y desaparecieron entre escombros el gobernador Richard, el del castillo, Syburg, cinco capitanes, tres tenientes y el ingeniero mayor, que estaban de sobremesa, con

otros ciento cincuenta hombres que á aquella parte se encontraban (28 de febrero, 1709). El estruendo no fué grande, á causa de las cisternas del agua, pero los peñascos que se desprendieron sepultaron cerca de cuatrocientas casas, y se estremeció la tierra en una legua al rededor. Todavía no se aterró con esto el coronel Albon que tomó el mando. Por mas de mes y medio mantuvo la defensa del castillo con los restos de aquella guarnicion intrépida. A socorrerles por mar acudió el vice-almirante Baker con veinte y tres navíos, acompañándole con tropas de desembarco el general inglés Stanhope. Pero la artillería de los sitiadores, mas certera que la de los navíos, hizo á éstos gran daño; el mismo Stanhope envió á tierra una lancha con bandera blanca, suspendióse el fuego, y ajustada la capitulacion, salió la guarnicion del castillo con arreglo á lo estipulado (17 de abril, 1709), y en los mismos navíos fué trasportada á Barcelona. Con la rendicion del castillo de Alicante se completó la sumision de todo el reino de Valencia ⁽¹⁾.

Exasperados los barceloneses con tantas pérdidas y contratiempos, y con tantos y tan infructuosos sacri-

(1) San Felipe, Comentarios, A. 1708 y 1709.—Belando, tom. I. cap. 65 y 66.—Macanáz Memorias cap. 122.—Este escritor da las siguientes curiosas noticias acerca de la célebre mina del castillo de Alicante: «La montaña en que estaba el castillo tenía una parte escarpada que llamaban la cara, porque tenía la forma de un rostro humano, y por la barba de esta cara se comenzó la mina: desde la abertura hasta la superficie del castillo había mas de cuatrocientas varas de altura: se cargó la mina con mil quintales de pólvora, y despues se le añadieron otros doscientos, que se llevaron en cueros de á cincuenta libras cada uno, etc.»

ficios como hacian, habian dirigido en principios de 1708 á su rey una representacion, no ya vigorosa y fuerte, sino descarada y audaz, quejándose ágricamente, ya de no ver cumplidas sus promesas, ya de las inmensas sumas que le tenian prestadas, ya de los robos, saqueos é insolencias de las tropas, ya de no ser respetados sus fueros.

«Señor (le decian): viendo que hace ya dos años que, mantenidos de vanas esperanzas, V. M. nos tiene suspensos, esperando grandes sumas de dinero para pagar, no solamente las tropas, cuyo número (en realidad muy corto), habia de crecer tanto (segun embajadas y respuestas dadas por V. M. diferentes veces á los síndicos del Excmo. Consejo de Ciento), que no solo habian de ser suficientes á defender á V. M. y á conquistar toda la monarquía, sino que tambien con ellas habia de obligar á la Francia á hacer una paz, restituyendo todo lo que es de V. M., ó ponerla en tal consternación, que de ella se viese quizá amenazada su poderosa corona de un precipicio, y tambien que con dicho dinero pagaria V. M. todo lo que debe, no solamente á aquellos que para mantener su real palacio han dado todos sus haberes; á aquellos cuyo dinero ha sido tomado ó mandado dar por orden de la junta de medios; á los cabildos, comunidades, colegios, gremios, cofradías y demas comunes, que en todo es una cantidad inmensa; sino tambien lo que tiene prestado á V. M. esta ciudad de Barcelona, por

cuyo efecto se halla casi sin crédito, tras haber acuñado tanta moneda corta, para satisfacer las vivas instancias con que V. M. pedía los tesoros que habían quedado en las iglesias; viendo que en lugar de dar socorro á Lérida, á cuya función prometió V. M. (si llegara la necesidad) llevar la vanguardia en persona, no se emplearon en esto las suficientes tropas que tenía V. M., sino solo en saquear, violar, robar cuanto encontraban bien lejos de los enemigos, y en hacer los mas execrables daños que jamás han hecho en esta provincia enemigas tropas; y que en el mismo tenor van continuando en sacar los trigos de los graneros, sin considerar que lo que falta de necesario alimento á los racionales emplean ellos por cama, y sin darles otra cosa á sus caballos, acémilas y demas animales, quemando lo que no pueden llevar, satisfaciendo con decir, que pues se lo han de comer los enemigos, vale mas que ellos se aprovechen y lo consuman; causando estas insolencias tan lamentables sentimientos en los vasallos de V. M., que está la ciudad llena de síndicos de las villas y lugares de Urgél, Campo de Tarragona y otros, á explorar en lo que han errado, ó si V. M. les manda así satisfacer los inesplicables servicios que á V. M. tienen prestados.

» Viendo que contra nuestras patricias leyes, y capítulos de Córtes firmados de vuestra real mano y de vuestros gloriosos predecesores, despóticamente se aposentan los soldados por toda la provincia, forzando

á todos sus moradores á que los alimenten, y den granos y paja á sus caballos y bagages, y en esta ciudad los oficiales se entran y sirven de las casas que les parece, sea ó nó gusto del dueño. Viendo que de los ministros de V. M. ninguno procura hacer su real servicio, antes tirando solamente á robar y hacer ajustes de comunes y particulares, donde con causa ó sin ella pueden meter mano; y al que tiene conveniencias, bajo el nombre de botiflero, ejecutan todo el rigor que se les antoja en sus bienes y hacienda, ocasionando con ello grandes ódios en muchos vasallos: Y finalmente, viendo que lo que podía valernos todo ha salido contrario, y el quedar destruidos verdadero, que los insultos van creciendo, y los afectos y efectos disminuyéndose, que los enemigos se van internando, y las tropas de V. M. enteramente huyendo; que está cerca la campaña, y nosotros, aunque vengan (como nos tiene ofrecido V. M.) diez mil hombres de Italia, incapaces de hacer una honrada defensa: Por tanto supplica esta ciudad de Barcelona á V. M. procure el remedio, para el resguardo de su real persona y la de sus fidelísimos vasallos. De nuestra Diputación, etc. (1).»

A esta representación contestó Carlos prometiéndoles, y empeñándoles de nuevo su real palabra, que de Inglaterra, y de Italia, y de Alemania llegarían

(1) Macanáz, Memorias, tom. VII. c. 123.